

Muy notado, y muy mal recibido seria en casa de un grande el que en sus dias, ó en otros de ceremonia y de funcion, se presentase con vestido indecente, usado y asqueroso. Todos asisten de gala para hacer honor, y aun se procura que los vestidos en la tela, en el color y en el corte sean de su gusto. Pues si se quiere honrar á Maria en el dia de su mayor solemnidad, ¿no se ha de poner cuidado en acomodarse á lo que tanto la gusta?

El que desee recibir favores de Dios en los dias mas solemnes, pase santamente las vigilijs. Si esta fuere dia de penitencia y de recogimiento para el alma, el dia siguiente será verdaderamente dia de su fiesta para ella. Ya que en otros tiempos se pasaban en vela y en oracion las noches que precedian á las fiestas, empleemos por lo menos nosotros algunas horas de estos dias en oracion, en el recogimiento, y en otras buenas obras. ¿Por ventura es nuestra religion diferente de la que profesaron nuestros abuelos? ¿Pues por qué tendremos menos fervor, menos zelo, y menos devocion que la que ellos tuvieron?

Dios mio, uno y otro lo espero de vuestra misericordia; y pues os dignasteis abrimme los ojos para que conociese y detestase el error en que he vivido hasta aquí, descuidado de una preparacion tan necesaria; haced que el cuidado con que me comienzo á disponer para celebrar la festividad de mañana, consiga de vuestra piedad que sea para mí dia de bendicion y de salud. Virgen santa, aτρέvome á decir, que tambien vos sois interesada en esto; en vuestra poderosa intercesion confio principalmente; alcanzadme la gracia necesaria para celebrar el dia de vuestro triunfo como uno de vuestros verdaderos siervos y de vuestros verdaderos hijos.

JACULATORIAS. — Mañana es la solemnidad del Señor, igualmente que la de su madre; dispon tu corazon para servirle á solo él. (1. Reg. 7. Ex. 32.)

Mi corazon está preparado, mi Dios; mi corazon está preparado. (Psalm. 58.)

### PROPOSITOS.

1 No te parezca que basta estar prevenido para cuando llegue el esposo; es menester tenerlo hecho por lo menos desde el dia antes. Solo entraron en la sala de las bodas aquellas virgenes que ya estaban prevenidas cuando el esposo llegó; las que esperaron á hacerlo al mismo tiempo de su arribo, ya no lo hi-

cieron en sazón. Además del recogimiento interior, y del espíritu de retiro que debes conservar todo este dia, dispon tus ocupaciones de manera que por la tarde te quede libre un buen espacio de tiempo para prepararte con sosiego á celebrar tan grande solemnidad. Si se puede, será bien confesarse en la misma vigilia, pues no hay disposicion mas eficaz, ni que tanto contribuya al recogimiento y á la devocion; por lo menos debe en ella hacerse el exámen para la confesion del dia siguiente. Después de comer ten un poco de leccion espiritual; y asiste á las visperas, por las cuales se da principio á la fiesta; ejercicio de religion, á que siempre acompañan muchas gracias. Pues ya no está en uso pasar la noche en la Iglesia, emplea por lo menos una buena parte de ella en devociones, y en otras buenas obras. Visita aquella iglesia del pueblo donde es mas especialmente venerada la santísima Virgen, y guarda el ayuno del dia con el mayor rigor.

2 Retirado á tu casa dedica un poco de mas tiempo á la leccion de algun libro devoto; y después de colacion junta tus hijos y tus criados para que oigan leer la historia del dia siguiente; y luego, habiéndolos instruido en la devocion con que la deben celebrar, exhortalos á que lleguen al sacramento de la confesion y de la comunión, y á que asistan con devocion á los divinos oficios, y al santo sacrificio de la misa, rezando con atencion la letania de la Virgen, así este dia como todos los de la octava. Muchos pasan en oracion una buena parte de la noche; pero á lo menos procura madrugar bien por la mañana. Es este un dia de bendiciones y de gracias; y nunca se ostenta la Virgen mas liberal que en el dia de su triunfante entrada en la gloria, en el cual derrama con profusion sus favores sobre las almas de todos sus devotos.

### DIA XV.

#### MARTIROLOGIO.

LA ASUNCION DE LA SANTISIMA VIRGEN MARIA, madre de Dios.

SAN TARSICIO, acólito, en Roma en la via Apia, al cual encontraron los paganos que llevaba el santísimo Sacramento; y aunque procuraron averiguar qué cosa llevaba, nunca lo quiso descubrir, teniendo por cosa indigna entregar las margaritas á los puercos; y quiso mas ser primero muerto á pedradas y á palos. Los sacrilegos pesquisadores no hallaron en sus manos, ni en el vestido, después de muerto, ninguna

partícula del sacramento: los cristianos recogieron el cuerpo y le dieron honrosa sepultura en el cementerio de Calixto.

SAN ALIPIO, obispo, en Tagaste del Africa: fué primero discípulo de S. Agustín, después compañero suyo en la conversión, concolega en el obispado, segundo en las contiendas con los herejes, y por último participante de la gloria del cielo.

SAN ARNULFO, obispo y confesor, en Soissons en Francia.

EL TRÁNSITO DE SAN ESTÉBAN, rey de Hungría, en Alba Real; cuya festividad se celebra el día 2 de setiembre.

SAN ESTANISLAO DE KOSKA, polaco, de la Compañía de Jesus, en Roma; el cual viviendo con inocencia de ángel en poco tiempo cumplió el curso de muchos años. Benedicto XIII lo puso en el número de los Santos.

En la obra titulada: *Vie des Saints Peres et Martyrs* por Godescard, se habla de dos santos varones llamados SATURNINO el uno y NEOPOLIS ó NEOPOLUS el otro, que en el siglo III, durante la persecución de Diocleciano y de Maximiano, en tal día como hoy padecieron martirio por defender la fe de Jesucristo. El último de estos dos nombres con el uso fué convertido en Italia en el de *Napoleone* (NAPOLEON.) Y dice que ambos santos fueron ilustres por su cuna y por los empleos que desempeñaban en Alejandria.

El domingo después de la ASUNCION DE LA SANTÍSIMA VIRGEN, se celebra la festividad de SAN JOAQUIN, padre de nuestra Señora, cuya vida hállase continuada en las del día 20 de marzo

#### LA ASUNCION DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

YA en fin llegó, carísimos hermanos míos, dice S. Agustín, este día tan venerable para nosotros; este día que excede todas cuantas festividades solemnizamos en honor de los santos; este día tan célebre; este clarísimo día en que creemos que la Virgen Maria pasó desde este mundo á la gloria celestial: *Adest nobis, dilectissimi fratres, dies valde venerabilis: dies omnium sanctorum solemnitates præcellens; dies inclita, dies præclara, dies in qua è mundo migrasse creditur virgo Maria.* Resuenen en toda la tierra las alabanzas, los festivos clamores de alegría en el día glorioso de su triunfante Asuncion: *Laudes insonet universa terra cum summa exultatione, tantæ virginis illustrata excessu.* Porque sería cosa muy indigna que no celebrásemos con extraordinaria devocion, culto y aparato, la solemne fiesta de aquella por quien merecimos recibir al Autor de la vida: *Quia indignum valde est, ut illius recordationis solemnitas sit*



LA ASUNCION  
DE LA SSMA. VIRGEN.

*apud nos sine maximo honore, perquam meruimus Auctorem vitam suscipere.* Este es uno de los mas célebres dias del año, dice S. Pedro Damiano, por ser el dia en que la santísima Virgen, digna por su nacimiento del trono real, fué elevada por la santísima Trinidad hasta el trono del mismo Dios, y colocada tan alto junto á la admirable Trinidad, que se arrebató hácia sí los ojos y la admiracion de los ángeles: *Sublimis illa dies est, in qua Virgo regalis, ad thronum Dei Patris evehitur, et in ipsius Trinitatis sede reposita, naturam angelicam sollicitat ad videndum.* A la verdad el misterio de este dia es superior á todas nuestras espresiones; y S. Bernardo no halla reparo en decir, que la asuncion de Maria es tan inefable como la generacion de Cristo: *Christi generationem, et Mariæ assumptionem quis enarrabit?* Pasmados de admiracion á vista de una gloria que tiene suspensos y como embargados de asombro á los mismos ángeles, nos contentaremos con referir la historia de este admirable misterio.

La opinion mas recibida en la Iglesia, fundada en la tradicion, es, que despues de la ascension del Salvador á los cielos y de la venida del Espiritu Santo, vivió la Virgen veinte y tres años y algunos meses mas en este mundo. Aunque era tan abraçado y vivo el deseo que tenia la Señora de seguir en el cielo á su querido Hijo, consintió quedarse en la tierra para el consuelo de los fieles, y para atender á las necesidades de la Iglesia recién nacida, conviniendo que su presencia supliese de alguna manera la ausencia corporal de Jesucristo. Lo mucho que podía en el cielo era de gran socorro á los fieles que vivian en la tierra, alcanzando aquellos primeros tiempos de persecucion, sosteniéndose su fe con la noticia y con el consuelo de que aun vivia entre ellos la Madre de su Dios. Era la Virgen su oráculo, su apoyo y todo su refugio. Fortalecia su virtud, animaba su zelo, enseñaba á los doctores, dice el sabio Idiota, y era como el oráculo de los mismos apóstoles: *Doctrinam doctorum, magistrum apostolorum.* Y el abad Ruperto asegura, que en cierto modo suplía con sus instrucciones lo que el Espiritu Santo no tuvo por conveniente descubrirles, habiéndoseles comunicado, por decirlo así, con limite y con medida; y los santos padres convienen en que el evangelista S. Lucas supo singularmente de boca de la santísima Virgen las particulares circunstancias de la infancia del niño Jesus, que dejó especificadas en su Evangelio, y que aun por eso se dice en él que Maria no dejaba perder cosa alguna de las que entonces pasaban, conservándolas en su memoria, y meditándolas en su corazon: *Maria conservabat omnia verba hæc, conferens in corde suo.*

Durante el espacio de estos veinte y tres años, la vida de la santísima Virgen fué un continuo ejercicio del mas puro amor y un perfecto modelo de todas las virtudes; una oracion no interrumpida, y esta misma oracion un éstasis perpetuo. Visitaba con frecuencia los sagrados lugares que el Salvador habia santificado con su presencia, cumpliendo los misterios de nuestra redencion. Aunque esta divina Madre vivia en la tierra, su corazon nunca se separaba del de su amado Hijo, que habitaba en el cielo. Pasábanse pocos dias sin que Jesucristo se la apareciese, y ninguno en que no conversase familiarmente con los ángeles, singularmente destinados á su servicio; y aunque distante de la celestial Jerusalem, mientras duró su habitacion en la tierra, gustaba abundantemente de todas sus delicias.

Habia casi doce años que residia en Jerusalem la santísima Virgen, cuando los apóstoles y los discípulos se vieron precisados á retirarse de aquella ciudad por la persecucion que los judios suscitaron contra los fieles. Y si el maravilloso progreso que hacia el Evangelio la colmaba de gozo y de consuelo, se templaba mucho éste por el furor con que era perseguida la Iglesia. Cuando la Virgen dejó á Jerusalem, se encaminó á Efeso en compañía de S. Juan hácia el año de 45 del Señor; pero sosegada un poco la persecucion, se restituyó á aquella ciudad, en la cual permaneció el resto de su vida.

Mientras tanto, habiendo ya llevado los apóstoles la luz de la fe á casi todo el universo, y estando ya la Iglesia sólidamente establecida en todas partes, parecia tiempo que la Virgen dejase ya la estancia de la tierra, que consideraba como lugar de destierro. Suspiraba continuamente por aquel feliz momento, que la habia de volver á juntar para siempre con su querido Hijo; cuando un ángel, que se cree fué S. Gabriel, la vino á anunciar el dia y la hora de su triunfo. Es cierto que habiendo sido preservada del pecado original por especial privilegio, como tambien de toda otra culpa durante su santísima vida, no estaba sujeta á la muerte, que es pena del primero; mas habiéndose sujetado á ella Jesucristo, no quiso María eximirse de padecerla.

Seis circunstancias, á cual mas prodigiosas, observan los santos padres en la Asuncion de la santísima Virgen. Primera, su muerte; que muchos de ellos y algunos martirologios llaman sueño: *Dormitio*. Segunda, la glorificacion de su alma en el mismo momento de su separacion. Tercera, la sepultura de su santo cuerpo en el lugar de Getsemani. Cuarta, su gloriosa resurreccion tres dias despues. Quinta, su triunfante Asuncion en

cuerpo y alma á los cielos. Sexta, su coronacion en la gloria por la santísima Trinidad.

Algunos padres antiguos, y entre ellos S. Epifanio, parecen poner en duda si murió la Madre de Dios, ó si permaneció inmortal. Autorizaban una duda tan bien fundada, así su inmaculada Concepcion, como su divina maternidad; pero la Iglesia en la oracion de este dia espresa con claridad que verdaderamente murió segun la condicion de la carne: *Quam pro conditionis carnis, migrasse cognoscimus*. S. Juan Damasceno dice, que no se atreve á llamar muerte á esta separacion, sino sueño ó una union mas íntima con su Dios; un tránsito de la vida mortal á la dichosa inmortalidad: *Sacram tuam migrationem haud quam appellabimus mortem, sed somnum, aut peregrinationem, vel, ut aptiori verbo utar cum Deo presentiam*. No separó, dicen los Padres, aquella purísima alma de su santo cuerpo, ni la violencia de la enfermedad, ni el desórden de los humores, ni el desfallecimiento de la naturaleza; rompió aquella union el puro amor divino, y obra suya fué la muerte de la Virgen. Habia encendido el Espíritu Santo en su corazon un amor tan abrasado, que fué un continuo milagro, dice S. Bernardo, la vida de Maria, no siendo posible que sin él sufriese el violento ardor de aquel divino fuego. Cesó este milagro con su muerte. No quiso Dios suspender por mas tiempo el efecto de aquel sagrado incendio; dejóle obrar con toda su fuerza en aquel corazon sin mancha, santuario del divino amor. No pudo naturalmente resistir por mas tiempo á sus esfuerzos, y consumido á violencia de aquellos divinos ardores, terminó sin dolor tan santa vida. O no habia de morir la santísima Virgen, dice S. Ildefonso, ó habia de morir de amor.

Hallábase á la sazón en Jerusalem en la casa del cenáculo. Esparcida la voz entre los fieles de que la Madre de Dios estaba para dejarlos, y para ir á ponerse en posesion del glorioso trono que su querido Hijo la tenia preparado en la celestial Jerusalem, no es fácil espresar los contrarios afectos de gozo y de dolor que se apoderaron á un mismo tiempo de todos sus corazones. Por una parte se consideraban en visperas de verse separados de su querida Madre, que era todo su apoyo y todo su consuelo; por otra reconocian que iba á volverse á unir con su amado Hijo en el cielo, donde seria su abogada con Dios y toda su confianza. De todas partes concurrieron á ella para recibir su última bendicion. S. Juan, como sagrado depositario de aquel tesoro, no se apartaba un punto de su lado, solícito mas que nunca de rendir todas las obligaciones de hijo á la mejor de todas las madres.

Estaba incorporada la Virgen en un humilde lecho, y desde allí consolaba á todos los fieles que se hallaban presentes, dando nuevo aliento á su fe, y exhortándolos á la perseverancia; cuando, por un raro prodigio que ella sola tenia sabido que habia de suceder, todos los apóstoles, y algunos de los discípulos que estaban esparcidos por el mundo, se hallaron milagrosamente trasladados al cuarto del cenáculo para tributar sus últimos respetos á la Madre del Salvador. S. Dionisio Areopagita, que se halló presente, nombra á S. Pedro, suprema cabeza de los teólogos; á Santiago, hermano del Señor; á los otros príncipes de la jerarquía eclesiástica, y además de eso á S. Heroteo, á S. Timoteo, y á otros muchos discípulos de los apóstoles, de cuyo número era el mismo S. Dionisio.

Juvenal, patriarca de Jerusalem, S. Andrés, obispo de Creta, y S. Juan Damasceno, con otros padres, aseguran que los apóstoles fueron trasportados en una nube por ministerio de ángeles. En el tratado *de la muerte de la santísima Virgen*, atribuido á S. Meliton, obispo de Sárdica, se dice que la Señora tenia en la mano una palma que el ángel la habia traído cuando bajó á anunciarla el día y la hora de su muerte. Mientras tanto encendieron muchas velas todos los circunstantes; todos se deshacían en lágrimas, consolándolos á todos la santísima Virgen, y habiendo exhortado, así á los apóstoles como á los discípulos, á predicar el Evangelio con el mayor zelo y valor, asegurando á toda la Iglesia de su poderosa proteccion, vió aparecer al Salvador, acompañado de todos los coros de los ángeles, que venia á recibir su dichosísimo espíritu, y á conducirlo como en triunfo al lugar de la bienaventurada inmortalidad. Abrasada entonces el alma con todo el fuego del divino ardor, se desprendió por sí misma del cuerpo, y fué conducida en triunfo hasta el trono del mismo Dios.

En el mismo punto en que espiró la santísima Virgen, se llenó todo el cuarto de una resplandeciente luz mas brillante que la del sol. Toda la milicia de la corte celestial, dice S. Jerónimo, salió al encuentro á la Madre de Dios, cantando himnos y cánticos en honor suyo, que fueron oídos de todos los que se hallaban en el cenáculo: *Militiam cœlorum cum suis agminibus, festivè obviàm venisse Genitrici Dei cum laudibus et canticis*. Y aquella alma tan pura, mas santa que todos los ángeles y todos los santos juntos, fué elevada, dice S. Agustin, hasta el trono del soberano Señor del universo, muy superior á todas las celestiales inteligencias: *Angelicam transiens dignitatem, usque ad summi Regis thronum sublimata est*. Ni era justo, añade el mismo

Padre, estuviese colocada en otro lugar que en el inmediato al que ocupaba aquel Señor que ella misma habia dado á luz en este mundo: *Non enim fas est alibi te esse quàm ubi est quod à te genitum est*.

Luego que rindió su espíritu la santísima Virgen, todos los circunstantes se postraron á sus pies regándolos con sus lágrimas. Los fieles que se hallaban en Jerusalem y en su contorno concurren todos apresurados á venerar aquel santo cuerpo, santuario del Verbo encarnado y arca del nuevo Testamento. Sanaron todos los enfermos que se presentaron delante de él; y S. Juan Damasceno, que trasladó á nuestra noticia todo lo que llegó á entender de la tradicion, dice que hasta los mismos judíos sintieron los efectos de su poder, y participaron de sus milagros.

Despues que todos satisficieron su devocion, fué llevado el santo cuerpo al sitio donde se le habia de dar sepultura, que era el pequeño lugar de Getsemani, distante trescientos pasos de Jerusalem. Llevaban el féretro los santos apóstoles, y los seguia el resto de los fieles con velas encendidas, porque los judíos estuvieron tan léjos de oponerse á esta pompa fúnebre, que antes bien ellos mismos se agregaron á ella para hacerla mas numerosa y mas célebre, llenos todos de veneracion á Maria. Fué depositado el santo cuerpo con gran respeto en el sepulcro que estaba preparado, y este se cerró con una gruesa piedra. En una carta que Juvenal, patriarca de Jerusalem, escribió al emperador Marciano y á la emperatriz Pulqueria, dice, que así los apóstoles como los otros fieles, pasaban los dias y las noches junto al sepulcro, sucediéndose unos á otros, y mezclando sus voces y sus cánticos con los ángeles, cuyas suavísimas canciones no se dejaron de oír en todos aquellos tres dias. Mas no era conveniente, dice S. Agustin, que el Salvador dejase en la sepultura un cuerpo, del cual el suyo habia sido formado, ni una carne, que en cierta manera era la suya: *Caro enim Jesu, caro Mariæ*. ¿Quién tendria atrevimiento para imaginar que aquel Hijo de Dios que vino al mundo, no para quebrantar la ley, sino para cumplirla, se dispensase en la mas mínima obligacion de las que deben los hijos á los padres? *Numquid non pertinet ad benignitatem Domini Matris servare honorem, qui legem venerat non solvere, sed adimplere?* Pues ahora, aquella misma ley que manda honrar á la Madre, manda al mismo tiempo preservarla de todo lo que puede ceder en su deshonor: *Lex enim sicut honorem Matris præcipit, sic inhonorationem damnat*. Pudo Jesucristo, concluye el mismo Santo, eximir de la corrupcion al cuerpo de su santísima Madre; ¿pues quién se atreverá á decir que

no lo quiso hacer? *Potuit eam à putredine, et pulvere alienam facere, qui ex ea nascens potuit Virginem relinquere.* Es la corrupcion del cuerpo oprobio de la naturaleza humana; miróla Jesucristo con horror; y por consiguiente, lo mismo parece que debió hacer con su Madre: *Putredo humanæ est opprobrium conditionis, à quo opprobrium cum Jesus sit alienus, natura Mariæ excipitur, quam Jesus de ea suscepisse probatur.*

Con efecto, al tercer dia, dice S. Juan Damasceno con la mayor parte de los santos padres griegos y latinos, como santo Tomé, el único de los apóstoles que no se habia hallado presente á la muerte de la santísima Virgen, desease ansiosamente ver el sagrado cuerpo, disponiendo Dios que no se hallase á la muerte de su Madre, para proporcionar un medio natural de manifestar su gloriosa resurreccion; y pareciéndoles muy justo á los demás apóstoles darle este consuelo, se abrió el sepulcro; pero quedaron todos gustosamente sorprendidos cuando no encontraron dentro de él sino los lienzos y los vestidos con que el santo cuerpo habia sido amortajado, exhalando de sí una fragancia exquisita: *Post tres dies, dice S. Juan Damasceno, angelico cantu cessante, habiendo cesado al cabo de los tres dias la celestial música de los ángeles: Qui aderant apostoli (cum unus Thomas, qui adfuerat, venisset, et quod Deum suscepserat corpus adorare voluisset) tumulum aperuerunt, sed omni ex parte sacrum ejus corpus nequaquam invenire potuerunt; cum ea tantum invenissent in quibus fuerat compositum; et ineffabili, qui ex his proferebatur, essent odore repleti.* Asonbrados á vista de tan grande maravilla, cerraron el sepulcro, persuadidos que el Verbo divino, que se habia dignado hacerse hombre, y tomar carne en el vientre de la santísima Virgen, no habia permitido que su cuerpo estuviese sujeto á la corrupcion, antes quiso resucitarle tres dias despues de su muerte, y anticipándole la resurreccion general, le hizo entrar triunfante en la gloria: *Loculum clausurunt, ejus mysterii obstupefacti miraculo: hoc solum cogitare potuerunt quod cui placuit ex Maria Virgine carnem sumere, et hominem fieri, et nasci cum esset Deus Verbum et Dominus gloriæ; quique post partum incorruptam servavit ejus virginitatem eidem etiam placuit, et ipsius postquam migravit immaculatum corpus incorruptum servare, translatione honorare, ante communem et universalem resurrectionem.* Este es el comun sentir de la Iglesia, como lo publica todos los años en el oficio de la octava de esta fiesta. Por eso dijo S. Agustin, esponiendo aquello del salmo 15: *Non dabis sanctum tuum videre corruptionem*, que aquel santo cuerpo en que tomó carne el divino Verbo, no se podia creer fuese en-

tregado en presa á los gusanos, y á la podredumbre, causándole horror solo el pensarlo: *Sentire non valeo, dicere perhorresco;* y esplicando S. Juan Damasceno aquello del Profeta: *Surge, Domine, in requiem tuam; tu et arca sanctificationis tuæ;* ¿quién no ve, dice, que la resurreccion de que habla el Profeta, es la del Salvador, y la de la santísima Virgen, aquella arca misteriosa que encerró en su seno la fuente de la santidad?

¿Quién podrá comprender, esclama S. Bernardo, la gloria con que subió al cielo la santísima Virgen! ¿con qué raptos de amor la salieron al encuentro tantas regiones de ángeles! ¿con qué afectos de respeto y veneracion! ¿con qué cánticos de alegría la acompañaron! *Quis cogitare sufficial quàm gloriosa hodie mundi Regina processerit; et quanto devotionis affectu tota in ejus occursum cælestium regionum prodierit multitudo!* Ni hubo jamás en el mundo triunfo mas glorioso, ni se conoció en él dia mas célebre, dice S. Jerónimo, que este dia en que la Virgen fué elevada á los cielos: *Et hæc est præsentis diei festivitas.* Atrévome á decir (esclama el bienaventurado Pedro Damiano) que prescindiendo de la divinidad, la pompa y el aparato de la Asuncion de Maria fué mayor que el de la Ascension del mismo Jesucristo: *Audacter dicam, salva Filii majestate, Virginis Assumptionem longè digniorem fuisse Christi Ascensione;* pues en la Ascension del Salvador solamente le salieron á recibir los ángeles; pero en la asuncion de Maria, además de todos los espíritus angélicos, el mismo Hijo de Dios salió al encuentro á su Madre, y la condujo hasta lo mas elevado de los cielos. Pues qué nos admiramos ya, dice S. Bernardo, de que las celestiales inteligencias se quedasen como estáticas de pasmo, preguntándose unas á otras: *Quæ est ista quæ ascendit de deserto deliciis affluens, innixa super dilectum suum?* ¿Qué mujer es esta? como si dijeran, ¿qué pura criatura igualará jamás la gloria y la santidad de esta mujer que sube del desierto, colmada de dulcissimas delicias, y apoyada sobre su mismo amado Hijo? El recibimiento que Salomon hizo á su madre, fué no mas que un imperfecto bosquejo, una oscura sombra del que el Salvador hizo hoy á la Virgen: *Surrexit rex in occursum ejus* (dice la Escritura) *adoravitque eam, et sedit super thronum suum; positusque est thronus matris ejus quæ sedit ad dexteram ejus:* Levantóse el rey de su trono, salióla á recibir, saludóla profundamente; y volviendo á ocupar su solio, puso el de su madre á la derecha del suyo. En el misterio de este dia se verifica aquel prodigio que tanto admiró en el cielo al evangelista S. Juan: una mujer vestida del sol, con la luna á sus pies, y coronada su cabeza con doce estrellas resplandecien-